

¿UN MARXISMO ECOLOGICO?¹

Elmar Altvater*

James O'Connor (1988, 1991) intenta elaborar los «fundamentos de un marxismo ecológico» mediante la formulación de una dialéctica de relaciones de producción, fuerzas productivas y *condiciones de producción*, esto es, establecer una fundamentación de los movimientos sociales de nuevo tipo bajo un nuevo enfoque teórico. Para todo ello quedan estrechos los horizontes del marxismo tradicional, en opinión del autor. Su argumentación: en el modo de producción capitalista pueden distinguirse dos tipos distintos de propensión a la crisis. *En primer lugar*, las crisis surgen como consecuencia de la agudización de la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción; éste es el objeto de los análisis del «marxismo tradicional». *En segundo lugar*, las contradicciones entre fuerzas productivas, relaciones de producción y condiciones de producción crean situaciones de crisis y éstas se convierten en objeto de análisis dentro del entramado de un «marxismo ecológico» que se encuentra en un estadio inicial de elaboración y fundamentación. Las relaciones de producción y las fuerzas productivas constituyen de hecho categorías familiares en la tradición de la teoría marxista, del mismo modo que las de formación social o de sistema económico. Se podría decir mucho en torno a ello,

sobre todo en lo que concierne al status y a la interdependencia de las categorías. Entretanto se puede partir del hecho que las categorías, si realmente se quiere que tengan algún sentido, no pueden estar clasificadas de forma jerárquica conforme al esquema de infraestructura y superestructura. Las fuerzas productivas no determinan las relaciones de producción unilinealmente, sino que éstas se hallan inscritas en las fuerzas productivas, por ejemplo en la tecnología dominante de una sociedad. Los substratos reales de las categorías «se articulan», y entonces tienen sentido las categorías que forman el sistema teórico. Esto también es válido para la de las condiciones de producción, que se expresan a otro nivel como «fuerzas productivas» o «relaciones de producción». Marx describe en los «Grundrisse» (pág. 422 *passim*) las «condiciones generales de producción» como —en el lenguaje de hoy en día— servicios de infraestructura de la sociedad (a cargo del Estado) para la producción capitalista individual. Las condiciones generales de producción se adecuan a las necesidades de tipo esencialmente *material-energético* de un proceso social de reproducción, cuya dinámica y estructura están dominadas por estrategias de *valorización* únicamente capitalistas. Puentes, carreteras, escolarización, seguridad

* Elmar Altvater es profesor de economía política en el Otto Suhr Institut de la Universidad Libre de Berlín.

¹ Este texto proviene de Elmar Altvater, *Die Zukunft des Marktes*, Westfälisches Dampfboot, Münster,

1991, pp. 283—288. El texto de James O'Connor discutido por Altvater fue publicado en *Capitalism, Nature, Socialism*, n.º 1, 1988, traducido en *Ecología Política*, n.º 1, 1991.

pública etc. son en sí imprescindibles para la reproducción social, para la comunicación de los individuos sociales. No obstante, la puesta a disposición de tales infraestructuras no suele ser rentable desde el punto de vista directamente capitalista, por lo que las condiciones generales de producción tienen que ser producidas por el Estado y puestas a disposición de la sociedad para que disponga de ellas en calidad de «bienes públicos».

También según O'Connor, «condiciones de producción» significa en primer lugar «las condiciones físicas externas» o «los elementos naturales que pasan a formar parte del capital variable y constante». A ellas pertenece, en segundo lugar, 'la fuerza de trabajo' de los trabajadores..., si se define a ésta como 'las condiciones personales de producción'. En tercer lugar, Marx se refería a las '*condiciones comunes y generales de producción social*', esto es, a los 'medios de la comunicación'» (O'Connor 1988, pág. 16; el subrayado es de O'Connor). Esta caracterización no es distinta de la que Marx hace en los «Grundrisse» de las condiciones generales de producción. Su cualidad de no haber sido producidas de modo capitalista tiene sin embargo, en opinión de O'Connor, una ineluctable consecuencia: el capital (privado) las trata como si no tuvieran que ser producidas jamás, como si pudiera disponer de ellas ilimitadamente. Dicho de otra manera: los elementos de las condiciones de producción no conocen la escasez económica, por lo que no existe ninguna señal eficaz que pueda regular su utilización de forma «racional».

Las condiciones de producción no están, en efecto, sometidas a la institución en la que tiene lugar la asignación de bienes escasos, es decir, al mercado. Los teóricos del mercado comparten esta caracterización y extraen de ella la conclusión siguiente: privatizar cuanto sea posible las «condiciones generales de producción» mediante derechos de propiedad, poniendo precio a sus prestaciones a través de los mecanismos del mercado para regular su uso conforme a las escaseces relativas. La reflexión de O'Connor lleva por otro camino: como sea que la creación de las condiciones generales de producción por iniciativa privada es insufi-

ciente (en la mejor tradición Galbraithiana de la contradicción entre opulencia privada y pobreza pública), el *Estado* se interpone entre el capital y las condiciones de producción. La consecuencia de ello es que éstas estarán politizadas desde el principio. Su conformación será dependiente de relaciones sociales de poder, las cuales, a su vez, podrán ser influenciadas por movimientos sociales. La puesta a disposición de las condiciones generales de producción se da si el poder político hace valer sus derechos en el campo político. Aquí hace aguas el mecanismo económico de asignación de recursos.

El capital presenta, luego, la tendencia de socavar sus propias condiciones de producción, es decir, de provocar una «infraproducción» de las condiciones de producción: «Aquí podemos introducir confiadamente la 'escasez' en la teoría de la crisis económica, y precisamente de manera marxista y no neo-maltusiana. También podemos introducir una posibilidad de infraproducción de capital, al añadir a la reflexión los costes crecientes de la reproducción de condiciones de producción...» (O'Connor 1988, pág. 26). Aparte de la crisis de sobreproducción, analizada por el marxismo tradicional (incluyendo la crisis del dinero y del crédito), existiría entonces según O'Connor una «crisis de infraproducción», que tendrá que constituir el objeto de las reflexiones de un marxismo ecológico.

Ahora bien, el concepto de infraproducción en este contexto no parece especialmente afortunado puesto que implica *primeramente* aquello que O'Connor rechaza: la reproductibilidad de las condiciones naturales de producción (ya que la infraproducción es únicamente posible cuando éstas se pueden producir) y por lo tanto la circularidad y reversibilidad de procesos que son irreversibles según las leyes de la naturaleza. Sin embargo, asumiendo el concepto de reproductibilidad y reversibilidad no se puede desarrollar el concepto de escasez, como ya se ha demostrado varias veces; la escasez surge precisamente debido a la irreversibilidad de las transformaciones de materia y energía. El concepto de infraproducción adquiere sen-

tido en todo caso como sinónimo, no de *escasez* (*Knappheit, scarcity*), sino de «falta de existencias», de insuficiencia (*Mangel, shortage*). En segundo lugar, la infraproducción en el sentido que le da O'Connor no es nada más que sinónimo de degradación ecológica y la problemática social que de ella se deriva — lo que queda significativamente demostrado por los ejemplos que él saca a colación: «se trata por ejemplo de los costes de mantenimiento de la salud, acarreados por las relaciones de trabajo y familiares capitalistas; luego el coste de las drogas y del tratamiento de rehabilitación; las enormes sumas que tienen que gastarse como resultado del empeoramiento del entorno social (por ejemplo los costes de la policía o de los divorcios); a ello hay que añadir también el dispendio exorbitante ocasionado por la prevención de daños ulteriores al medio ambiente, por la reparación o eliminación de destrozos ecológicos heredados del pasado; también el coste de la financiación obligada de la invención, desarrollo y producción de materiales sintéticos y materiales sustitutorios «naturales», que sirven de medio y objeto de producción y consumo; las descomunales sumas que se necesitan para pagar a los jeques del petróleo y a las empresas de suministro de energía, por ejemplo en forma de ganancia de monopolios y rentas; los costes de la evacuación de residuos; los costes extraordinarios de la concentración del espacio urbano; los costes de la doble crisis de medio ambiente y desarrollo con los que tienen que correr gobiernos, campesinos y trabajadores en el tercer mundo. Suma y sigue...» (O'Connor 1988, pág. 26).

La enumeración no es sistemática, estos ejemplos se refieren, en parte, a casos de degradación del medio natural, en parte también a los «costes defensivos» del crecimiento (o costes protectores o mitigadores), que hay que sufragar para reparar o evitar secuelas no deseadas de la crisis del medio ambiente. Dichos costos son considerables; Leipert (1987) los cifra en aproximadamente 10% del producto social de la

R.F. Alemana para el año 1985. Pero, si los daños al medio ambiente son transferidos al sistema de valores y a la racionalidad del mercado en calidad de costes defensivos, entonces se pueden manipular de acuerdo con las reglas de la lógica del mercado — teniendo en cuenta los límites a tal racionalidad antes mencionados [en este libro]. La degradación ecológica puede constituir la cara oculta del aumento de valor económico (los costos del crecimiento) y por añadidura también el origen de ulteriores aumentos de valor, en el caso de que se lleven a cabo medidas para proceder a reparaciones (las cuales obviamente pasarán a formar parte del total cuantificado como producto social). En consecuencia, se podría concebir la paradoja de que la crisis de infraproducción, en el sentido que usa el término O'Connor, ayude a superar una crisis de sobreproducción. Por ello sería posible que ocurriesen crisis ecológicas de infraproducción al mismo tiempo que crisis económicas de sobreproducción, empero no en calidad de objetos de análisis alternativo dentro de un marxismo «tradicional», o de un marxismo «ecológico».

Sería posible identificar la «infraproducción ecológica» como estrategia para evitar una «sobreproducción económica» (y sobreacumulación). En las categorías de diseconomías externas (*external diseconomies*) o de «costes sociales del crecimiento de la empresa privada» (Kapp 1950)² se intenta tener en cuenta esto —aunque en un marco teórico no-marxista: la rentabilidad económica privada puede elevarse, al evitar los costes de daños al medio ambiente. Y en la mencionada categoría de los costes defensivos (o costes mitigadores o protectores) se considera que los costes sociales y las diseconomías externas tienen por lo menos en parte una correspondencia monetaria, y que el deterioro del ambiente, por lo tanto, ejerce pues un efecto retroactivo sobre el sistema económico de valores, aunque con desfase temporal.

El cargar los costes originados por el deterioro ambiental a toda la sociedad y no a

² La edición en castellano del libro de K.W. Kapp al que se refiere Altvater está publicada por Oikos,

Barcelona (N. del E.).

las empresas privadas. costes que de otro modo hubieran aumentado el gasto anticipado de capital constante o variable, supone una causa contrapuesta a la «ley de la caída tendencial de la tasa de ganancia». Rohwer, Künzel, Ipsen (1984) llegan hasta el punto de identificar el aumento de los costes del capital constante y variable a raíz de la internalización —posterior— de daños ambientales como única causa plausible de la caída de la tasa de ganancia, tras haber desestimado otros argumentos sobre la caída de la tasa de ganancia por no ser consistentes. La «infraproducción» en el sentido de externalización espacial y temporal ayudaría, pues, a evitar temporalmente la sobreproducción en el sentido de «sobrecumulación de capital». El mismo Marx enumera una serie de causas contrapuestas a la caída de la tasa de ganancia (MEW 25, págs. 242-250), a las que no obstante se examina para evaluar hasta qué extremo contribuyen a disminuir los costes del capital o a aumentar la tasa de plusvalía. La cuestión decisiva que hoy se plantea desde un enfoque ecológico es hasta qué punto se puede evitar la sobrecumulación, es decir, la caída de la tasa de ganancia, si no se toma en consideración la minimización de la tasa de producción de entropía en el ámbito del «metabolismo» entre seres humanos y naturaleza. La consideración ecológica causaría costos económicos que deben ser evitados, atendiendo al cálculo de la racionalidad microeconómica.

El empleo de energía (que ya de por sí ocasiona costes en el sistema económico) para la obtención de valores de uso mediante el aislamiento de materiales y su combinación inteligente en mezclas sucesivas de materiales, irá indudablemente en aumento como consecuencia del deterioro ambiental precedente. Por lo tanto, el gasto anticipado de capital variable y constante también

aumentará. Es más fácil y por lo tanto menos costoso entremezclar sustancias nocivas hoy que aislar mañana los valores de uso satisfactorios para las necesidades humanas de esas sustancias nocivas. La renuncia al aislamiento de sustancias químicas nocivas y su almacenamiento en vertederos al aire libre disminuye los costes del capital constante hoy, pero los aumenta en el futuro. La «ignorancia» de los desechos contaminados de dioxinas en vertederos de baja seguridad disminuye los costes hoy, pero ocasiona altos costes de eliminación en el futuro. El vertido de aguas residuales en ríos y mares reduce los costes de producción hoy pero eleva los de reproducción para el día de mañana. Y el futuro de veinte años atrás es el presente del día de hoy. La «infraproducción» puede ser una estrategia para evitar la sobreproducción. Es el resultado de la lógica de toma de decisiones, que se apoya en la racionalidad del mercado e inserta en el sistema de valores. La infraproducción repercute sobre el sistema de valores, ya que aumenta el gasto del capital constante y variable, a consecuencia de lo cual la tasa de ganancia cae (a condición de que no tenga lugar ningún aumento compensatorio de la tasa de ganancia). Todo ello conlleva a su vez que pueda dispararse la crisis de superproducción discutida por O'Connor. Los costes defensivos del crecimiento pueden aumentar en tal medida que lleguen a superar al producto social; el crecimiento se convierte en un espectáculo irracional también desde el punto de vista económico. La dimensión del tiempo es por lo tanto decisiva; los horizontes temporales de la economía y los tiempos de la ecología son distintos, pero no son independientes los unos de los otros. Los análisis de la infraproducción ecológica y de la sobreproducción económica no pueden así subordinarse a discursos de orden diverso.